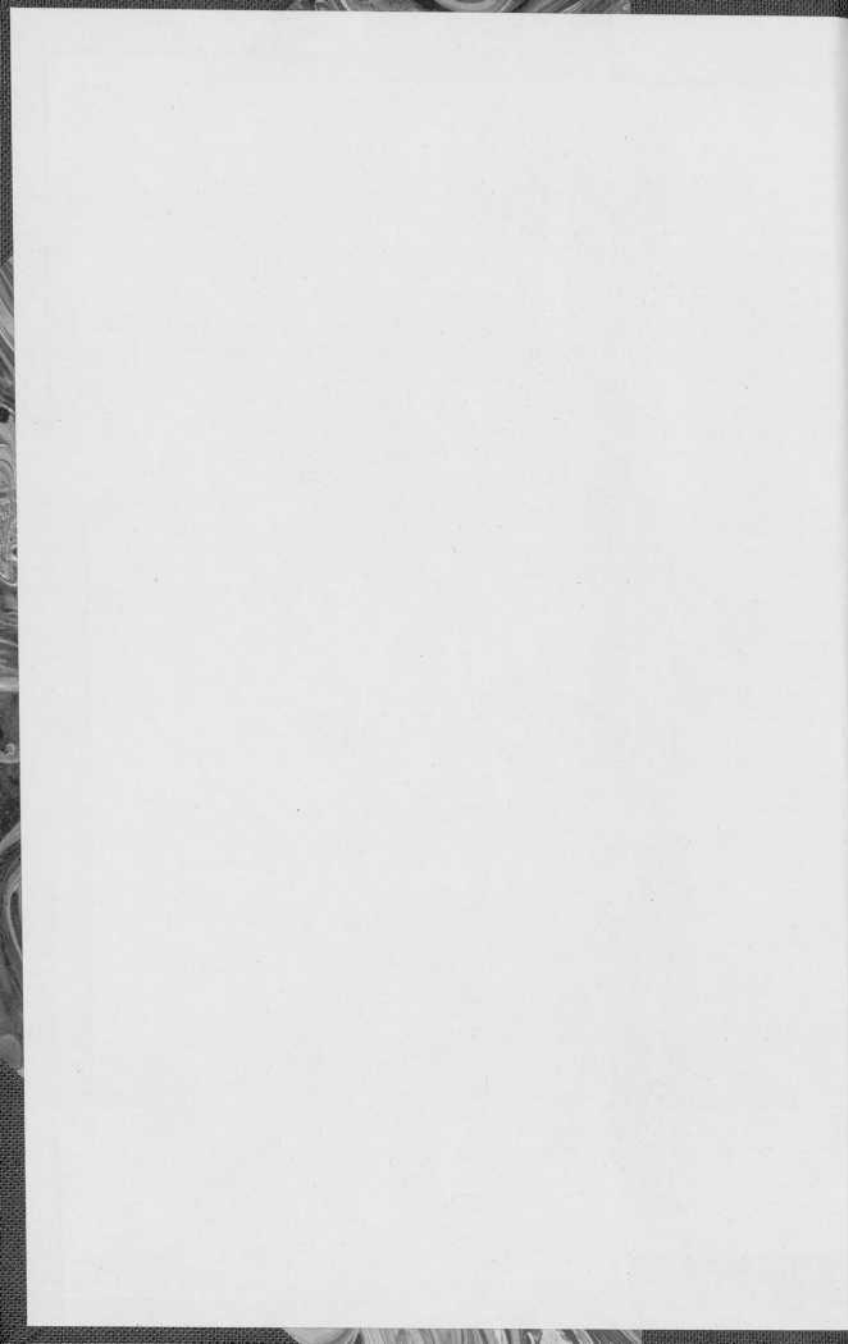


2



69-4

2

SALVADOR RUEDA

Flora

POEMA RELIGIOSO, EN SIETE CANTOS

PRECIO: UNA PESETA

M D R D

S. G. HERNÁNDEZ

Valencia, España

12

860-1

RUE

flo

16-12

Para mi comp^{te} de pluma
Sr. don Antonio Cánovas Valles
Su buen amigo
Salvador

Joaquín M. Díaz
de Escobar
1901

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

FLORA

POEMA RELIGIOSO, EN SIETE CANTOS

SALVADOR RUEDA

Flora

POEMA RELIGIOSO, EN SIETE CANTOS

PRECIO: UNA PESETA

R. 16.823

MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1897



Esta obra es propiedad de su autor.—Queda hecho
el depósito que marca la ley.

Al Sr. D. Segundo Carrera.

Mi querido amigo Carrera: En recuerdo del tiempo aquel en que, juntos usted y yo, nos ocupábamos en las tareas de Fomento, en compañía del bondadoso D. Manuel Flores Calderón, dedico á usted este poema, el cual me sugirió una conversación, sobre historia, sostenida con el sabio profesor D. Benito Hernando. Dije en Fornos que yo era el primero en reconocer que en Madrid hay hermosuras de todas clases, y la prueba de ello es que en esta obra canto una de esas hermosuras.

Usted, que posee tan exquisito gusto artístico, que tiene tan grande inteligencia y tan hermoso corazón, hubiera sacado mejor partido que yo del asunto de este poema si lo hubiese escrito en su afiligranada prosa. Tal como yo he podido desarrollarlo, acéptelo la bondad de usted, y crea que le quiere mucho su antiguo y verdadero amigo

Salvador.

Canto I.

¿No conocéis á la elegante Flora,
la rubia joven cuya sangre ardiente
es mitad valenciana, mitad mora?
Finge su cuerpo un mármol transparente
donde, azuladas víboras, las venas
se retuercen con giros de serpiente.
Sus pupilas son verdes y serenas,
verdes como los mares tormentosos,
dulces como el cantar de las sirenas.
Mueven sus pensamientos ambiciosos
la moda, el lujo, el oro que deslumbre,
los trenes esplendentes y ostentosos.
Y viéndose en la eterna pesadumbre
de la honrada pobreza, quiso alzarse
del esplendor á la elevada cumbre.
Para en ajenas alas remontarse,
puso en venta su amor y formas puras
y pudo con su precio engalanarse;

y así, el cuerpo en la luz y el alma á oscuras,
de alegre fiesta en bacanal sonora
va eclipsando rivales hermosuras.
Veinte abrilés escasos tiene ahora,
y cada abril parece que en su cara
dejó los resplandores de una aurora;
tiene aspecto de estatua de Carrara
impasible y serena, que un Cleómenes
con arte primoroso cincelara;
y, dado al aire el seno alabastrino,
miradla allí en la orgía,
del incitante vaso cristalino
sorber la borrachera á bocanadas,
y repetir el tema peregrino
de ir echando unas perlas matizadas
como Cleopatra en el ardiente vino.

No hay en torno ni lunas biseladas
ni divanes de caro terciopelo;
de *Los Viveros* en estancia obscena,
sólo alumbrada por arañas frías,
quiso á Flora mirar su rico amante
con otras entregada á sus orgías,
¡y fué capricho por demás bizarro,
que era él un noble dado á los placeres,
de esos que honraran con uncir á un carro
y que se ocupan en perder mujeres!

Danzó *la Macarrona*, una gitana
reina del baile en toda Andalucía
y también en la corte castellana,
y después que el Marqués, dueño de Flora,
gozó viendo el girar de tanta vuelta,

—Que ahora baile mi rubia valenciana,
dijo, y que luzca su figura esbelta:
anda, baila el *bolero* ó la *chacóna*
y retuerce del modo que tú sabes
las líneas de tu espléndida persona,
sube á la mesa para echar la danza
y ponte mi sombrero por corona. >

De *cañas* y de alegre manzanilla
la ancha mesa mirábase colmada,
y para verla desde orilla á orilla
de vino y de cristales despejada,
Flora arrancó de sus nevados hombros
un soberbio mantón lleno de rosas
que de una primavera se diría,
bordado con brillantes mariposas,
y tirándolo encima de la mesa
barrió con él las copas escanciadas,
y lo arrojó, rumbosa y sonriente,
con sus flores de vino salpicadas.
Subió luego arrogante
para bailar el andaluz bolero,
y en el supremo instante,
¡de andrajos lleno y lúgubre el semblante
apareció en la zambra un pordiosero!
—Una limosna, por amor, señores,
clamó con voz tristísima el anciano,
á quien el Cielo dió cuantos dolores
pueden haber en el linaje humano.
Giró los ojos para verlo Flora,
y quedó en su actitud petrificada,
no de dolor ante la voz que implora,

sino de ira que el pecho le devora
al conocer á la visión odiada.
Era su padre el tétrico mendigo,
su padre abandonado,
de labios sin color, manos entecas,
y mirada de triste moribundo,
¡que al suelo echado cual las hojas secas,
va pegando porrazos por el mundo!

¡Oh! ¡Quién dijera al infeliz anciano,
cuando tomaba á Flora en su rodilla,
ella niña inocente, y él ufano
de sostener tan grande maravilla,
que aquel capullo, al contemplarse abierto,
que aquellas manos, al crecer lozanas,
lo dejarían solo en el desierto
sin una piedra en que inclinar sus canas!
Muerta del viejo la adorada esposa,
él meció á Flora en la tranquila cuna,
él le sirvió de madre cariñosa
y le entregó su mísera fortuna.
Él desató su lengua balbuciente
y la adoró con exaltado anhelo,
y porque alzara hacia lo azul la frente
y echase á andar, la levantó del suelo.
Por él fué en los deberes instruída
y en santas oraciones ilustrada,
y millares de veces adormida
y millares de veces despertada.
Los cantos que las madres canturrean
al pequeñuelo rey de sus amores,
él entonó á la luz de sus entrañas

meciéndola con blando movimiento,
y al verla que entornaba las pestañas
la recostaba con callado tiento.

Después, de la niñez en los confines,
cuando su alma sintió la primavera,
él la vistió de velos y jazmines
para tomar la comunión primera.
Y esta flor por el viejo cultivada,
sonrisa y luz de todas sus auroras,
en mujer transformada,
abrió después las alas voladoras
cegada por el lujo y la riqueza,
y el nido abandonó y al triste anciano
dejando un torbellino en su cabeza
más grande que el furor de un oceano!

Quien llegó á merecer del don divino
una hija sola, para el bien nacida,
y la llevó á través de su camino
alumbrando de amor toda su vida,
quien puso en ella su ventura toda
al trasmitirle el alma con su esencia,
y miró, enamorado, por sus ojos
el cuadro universal de la existencia,
y ve que esa mujer, libre en *la vida, el mundo,*
es el juguete vil de todo necio,
es de cualquier borracho la adorada,
es de cualquier canalla el menosprecio,
es de cualquier cabeza la almohada,
ése sólo sabrá la angustia inmensa
que recibió el humilde desgraciado
al entrar en el sitio de la orgía,

y contemplar entre el obsceno coro
á su hija, al sueño de su vida entera,
sirviendo de bufón y de ramera
á bestias sin virtud y sin decoro.

Fué el golpe tan tremendo, que el mendigo
sintió bajo sus pies írsele el suelo,
faltar el aire á su pulmón cansado,
saltar su vida y desquiciarse el cielo.
Un enjambre espantoso de emociones
picoteó sus carnes de improviso,
y el desdén, la venganza, la ira, el odio,
cuanta pasión atormentarle quiso,
germinaron en llamas de coraje
para salir en rayos por la boca,
como en cólera rompe el oleaje
al dar su tumbo en la impasible roca.
Luego miró la forma delicada
de la joven que fué casto tesoro,
se ungió en el resplandor de su mirada,
dejóse atar por sus cabellos de oro,
inundóse de gloria
en su semblante, que le trajo al alma
los recuerdos latentes de su historia,
y deshecho el coraje de repente
y en ella toda su existencia fija,
al suelo se tiró como un demente
y clamó con la voz hecha un torrente:
—¡Una limosna de cariño, hija!

Quedó el Marqués atónito y perplejo
ante la escena trágica, mirando
por tierra echado al tembloroso viejo,

y no lo alzó en sus brazos, que, furioso al ver que se turbaba la alegría por un pobre caduco y andrajoso, dijo á la joven:—Tienes, Flora mía, un padre cual ninguno, sentimental y de actitudes graves, muy bien vestido y, sobre todo, ¿sabes? sobre todo, oportuno.

—Vaya, añadieron varias *cantaoras*, Dios le socorra, hermano, y él mejore sus horas; ¡pues no le da muy fuerte al pobre anciano!

—Perdone usted por Dios, dijo al fin ella con palabras de un frío penetrante que recalaron en el triste viejo como una espada rígida y cortante.

—¡Oh, malvada hija mía!, rugió el pobre, como un fiero león desenjaulado.

¡Para ese pago, digno de los perros, con gotas de mi sangre te he criado!

No has de quedar riéndote gozosa en unión de tu infame compañía.

¡Tomal—y alzando el trémulo mendigo el palo que sus penas compartía, lo descargó terrible sobre Flora después de tropezar en las arañas, que despidieron lluvia tembladora de lágrimas de luz sobre las *cañas*.

—¡A ver, mozo! llamad la policía y llevarse este viejo escandaloso, gritó el joven Marqués con energía.

—¡Pues no es floja jarana la que ha armado de bofetadas, chica, el loco viejo!

—Ese debe de estar destornillado.

—Yo, si lo sé, no vengo.

—Yo tampoco.

—¡Porque Flora sea libre esa algazara!

—¡Ay, qué cosa más rara!

debe de estar el pobrecito loco!

Penetró una pareja, y agarrando al anciano y á Flora, que reñían cuerpo á cuerpo los dos forcejeando, de Madrid emprendieron el regreso para buscar la prevención distante; primero ella camina con su mantón espléndido y brillante; detrás el padre hacia la tierra inclina el rostro por las lágrimas bañado; y murmuraba, viéndolos, la gente este juicio purísimo y honrado:
—¡Mira el viejo insolente!
á la cárcel con él por indecente y querérselas dar de enamorado!

Canto II.

Era la prevención un sitio inundo
donde falsos y viles corazones
componían con vicios y pasiones
la hez social, defecación del mundo.
Guripas, tomadores, asesinos,
borrachos, seres de infeliz historia,
distintas almas y diversos sins, *miseria,*
cuanto es ~~de la~~ alma fetidez y escoria,
formaban el cortejo pavoroso
de la antesala del cadalso horrendo,
y á su umbral tenebroso
Flora llegó con aire desdeñoso
y el padre que su paso iba siguiendo.
—Lo que debe usted hacer, dijo al anciano,
si es hija suya, un guardia compasivo
que era á la vez un digno ciudadano,
es meterla en el . . vamos, en el eso...
en la casa que admite á esas mujeres

allá por Pozas ó en el Buen Suceso.

—Ya hablé á la directora

y lo dispuse todo; pero ¿acaso
fácil será que lo consienta Flora?

—Si quiere usted, lo sacaré del paso;

pasad la noche juntos, y á la aurora
vendré otra vez resuelto

á llevarla, diciendo que al juzgado,
y cuando acuerde, el pájaro ahora suelto
se encontrará seguro y enjaulado.

—Acepto ese servicio,

que Dios le pagará, y hasta mañana.

Y el padre y Flora, entre el soez bullicio
de aquella gente ruin y deleznable
parecida á un humano estercolero,
entraron en la sala miserable
como reses que van al matadero.

Al ver llegar á la mujer esquiva
envuelta en su mantón de mil colores
como en una bandera llamativa
de la juerga, del vino y los amores,
pendencieros y ratas la aclamaron
con ¡oles! á la chula y á la diosa,
y hasta la gorra algunos le tiraron,
á falta del obsequio de una rosa.

—Bendita sea la hora, dijo un *peine*
de ojos *cruzados* y color de cobre
que estaba allí porque, según se supo,
cogiólo un guardia socorriendo á un pobre,
bendita sea la hora en que á un bolsillo
le quise hacer visita esta mañana,

y del brazo, lo mismo que á un chiquillo,
me metieron aquí, linda cristiana.

—¡Vaya una gracia que se trae la moza!

—¡Vaya un conjunto y vaya unos detalles!

—Yo la he visto en un cuadro del Murillo.

—¿Del Murillo el herrero? ¡Que te calles!

—Del Murillo el pintor, ¡mía que eres zote!

—Pues yo, añadió otro chulo sin corbata,
yo la he visto entre sueños y en la gloria.

—Creo que metes la pata,
dijo el *Chivín*, un tomador de historia;
pues si no es ella misma

la gloria que aquí llega de improvviso,
digo yo que será porque es su cara,
si no la gloria, el propio paraíso.

—Basta ya de requiebros, ó la vara
va á florecerle á alguno en la cabeza,
dijo, al blandirla, un hosco policía
que tomaba la escena por agravio
y que mostró un bigote que fingía
un sembrado de leznas en su labio.

Cesó de requebrar la gente aquella
á la seca razón del polizonte,
y en un extremo el padre y también ella
quedaron en su suerte meditando:
Flora, mil estrategias preparando
para escapar cuando viniese el día,
y él la oferta del guardia acariciando
para encerrar al ave que quería
abrir las alas y salir volando.

Cuando ya de Madrid sólo sonaba

allá á la medianoche,
algún errante coche
cuyo rumor muy lejos se borraba,
el mendigo sintió, dulce y latente,
la presión de una frente que caía
por el sueño rendida y derribada,
y al tocar y al sentir que era la frente
de Flora misma, de su pobre Flora,
del corazón subiósele un torrente
de lágrimas en lluvia bienhechora,
¡del corazón aquel, ya lesionado,
que pronto iba á quedar dentro del pecho
para siempre, al morir, paralizado!
¡Oh, qué ternura inmensa
por el alma cruzó del pobre loco,
loco de bienestar y de delicia,
al sentir en su cara el roce humano
de aquella frente blanca cual ninguna,
tan bella y blanca, que creyó el anciano
¡que descendía hasta su ser la luna!

Toda la historia, entonces, de su vida,
como por una evocación del cielo,
vió el pobre aparecer restablecida
y dibujarle escenas y lugares
de cuando niña la inocente Flora
él solía llevarla á los altares,
ó de tiempo más bello y más remoto,
del tiempo aquel, ya para siempre ido,
en que, recién casado y anhelante,
por el amor de padre ennoblecido,
ga rraba con súbita alegría

á su linda pequeña en un abrazo
y al lado de la cuna la dormía,
cual ahora duerme en su feliz regazo.
Pensaba el padre, entonces venturoso:
«Mi hija será una diosa afortunada,
á quien acaso un príncipe amoroso
le ofrecerá un palacio por morada;
será un alma sensible
para todo mendigo desgraciado,
huirá del vicio cual de monstruo horrible,
y tendrá un corazón puro y honrado».

Así pensaba el padre, la mirada
dirigida á la luz del sol naciente
y llevando, cual lámpara sagrada,
el rayo de la fe sobre la frente.
Y ahora compara con aquellos sueños
la realidad de que se ve cercado,
y núblase de nuevo su mirada,
pues ve con amargura verdadera
¡que es la prisión la señorial morada,
y que tiene en su pecho reclinada
no á casta diosa, sino á vil ramera!

Procurando no hacer un movimiento
por que la hija infeliz no despertase,
pues iba á ser el único momento,
que el cielo compasivo le otorgara,
en que iba á ser bañado por su aliento
y á estar junta su cara con su cara,
como estatua impassible
toda la noche estuvo el desgraciado
vigilando, cual mudo centinela,

el dormir de la gente, entrecortado
por la conciencia, á quien mantiene en vela
el aguijón agudo del pecado.
Oyó todos los ayes y lamentos
que en la alta noche piensan los sentidos
que van flotando en los lejanos vientos;
contó miles de veces los latidos
del propio corazón atormentado;
percibió los rumores
confusos y sin nombre que se enredan
en músicas levísimas y extrañas
y que giran y ruedan
despertando en la mente mil patrañas;
oyó toses distantes,
porrazos pavorosos bajo el suelo,
removerse de seres invisibles
que van tejiendo el incansable vuelo
en danzas misteriosas é imposibles;
y aunque ya su organismo no sentía
la vida andar, dormido en su postura,
era para él tan amorosa y tierna,
por retenerlo Flora con sus lazos,
que así estuviese en posición eterna
para jamás soltarla de sus brazos.
Sonó en las torres la oración del alba
que despierta á los hombres á la vida
y arranca al coro de las aves salva;
y la lengua de Dios, desde los templos
que abren sus puertas con gemir de gonces,
decir parece á la familia humana
al son robusto de los graves bronces:

«De nuevo arriba á entreteter tu historia
y á templar en la lucha tu conciencia,
que el trabajo es la escala de la gloria
y galardón su ruda penitencia:
como ocupa su puesto en la armonía
cada nota formando la plegaria,
es del mundo en la vasta sinfonía
cada espíritu nota necesaria».

Así Dios dice al hombre, y sólo aquellos
dados al robo, al vicio, á los placeres,
notas sobrantes de la gran orquesta
que, al disonar, rompieron los deberes,
no oyen la voz del alto campanario;
nadie oyó en la prisión su llamamiento
más que el viejo, que alzó su pensamiento
y rezó compungido y solitario.

—¡Pronto, vamos, que ya amanece el día;
usted y esa mujer vengan conmigo,
que vamos al juzgado en un momento!
díjole el guardia al mísero mendigo,
cumpliéndole el sentido ofrecimiento.

Abrió Flora los ojos asustada,
repeliendo á su padre con presteza
cual si hubiese arrojado la almohada,
y alzando la cabeza,
llena de encono y de furor salvaje,
púsose en marcha, hermosa en su fiereza,
devorada de orgullo y de coraje.

No pudiendo escapar, siguió el camino
con su pisar de corza no domada,
con su elegante andar nervioso y fino

de alta mujer arisca y delicada.
Llevaba los cabellos desatados
y unos claveles en las ondas presos,
por la mala postura reventados;
en un velo de flores
el mantón soberano la envolvía,
y mujer tan gallarda y hechicera,
toda llena de rosas, parecía
la imagen de la alegre primavera.
Llegaron á la casa que abrió al mundo
una dama sin par, de España gloria,
refugio santo en que lo más inmundo,
la pública mujer, suelta su escoria,
vuelve el alma á la luz, cobra el tesoro
de la perdida fe, y acrisolada
en la casta virtud y en el decoro,
torna á la vida, pura y rescatada.
Se abrió la puerta, y penetrando Flora
quedaron fuera el guardia y el anciano,
y se cerró la puerta redentora
y no escuchóse ni murmullo humano.
Cayendo de rodillas en el suelo,
á Dios bendijo por la gracia aquella
el viejo alzando una oración sentida:
¡con tal que pura se volviese ella,
qué le importaba abandonar la vida!

Canto III.

Micaela llamábase la dama,
que un título llevó de alta nobleza
y que alcanzó en la historia brillo y fama
por su alma grande y su ideal pureza.
Llena de ardiente amor, dió su fortuna
para educar con ella á las mujeres
que quieren en el lodo de la vida
dejarse su pasado y sus placeres,
y recobrar de la virtud perdida
la santa paz, cumpliendo sus deberes.
Templo es la casa que les dió, dotado
de talleres y cátedras y escuelas;
les dió también su nombre venerado,
y por eso se llaman *Micaelas*.

Cuando Flora miró que de repente
encontróse en la casa bienhechora,
y que en lugar del juez y de su gente

la recibió una espléndida señora
que con cariño la besó en la frente,
creyó asistir á la visión de un sueño
que halagó sus sentidos delicados,
más al ver á la dama sonriente,
de ojos á bien mirar acostumbrados,
enlazar con un brazo su cintura
y darle gracias por haber querido
ir tan gallarda y celestial figura
á distraerla un poco de su olvido.

—Tienes un nombre primoroso, ¡Flora!
y en tu cara revelas

que bien pudieran designarte Aurora;
nosotras nos llamamos *Micaelas*
porque un tiempo dejamos de ser puras;
éste es nuestro refugio sosegado,
donde halla el corazón dichas seguras,
ni envidioso del mundo ni envidiado.

No sabes la alegría

que siento al contemplarte, niña hermosa,
porque vienes á darme compañía;

Dios te pague tu gracia generosa.

Dame una flor de las que vas luciendo,
en señal de amistad, si algo me quieres,
y pídemme tú á mí nuevos favores;
¡perdóname el antojo, pues las flores
nos seducen á todas las mujeres!

Comprendió Flora, al fin, el dulce lazo
tendido á su figura pecadora,
y en la grata cadena de aquel brazo
con que la ataba la gentil señora,

dejóse cautivar, y, apresurada,
sin rendirse razón de lo que hacía,
los dedos paseó por su cabeza
para buscar la flor que le pedía,
flor que al cabo encontró, mas sin belleza,
marchita y rota como su alma estaba;
y sintiendo la cara enrojecida
viendo la flor sin tintas é inodora,
regalo indigno de la real nobleza
de tan noble y magnífica señora,
con frase entrecortada y conmovida
—Yo quisiera, exclamó trémula Flora,
en la frente llevar la primavera
con todos sus claveles olorosos,
para ante usted inclinarla, y que eligiera
el de tonos más lindos y vistosos.
—No enternezcas tu voz, hermosa mía,
que al contacto tranquilo de este ambiente,
verás cómo te nacen en la frente
las rosas del pudor y la alegría.
Entonces me darás la flor que quiera,
y será una hermosura
tener para elegir en tu figura
á toda una esplendente primavera.
Ven si gustas mirar nuestros talleres;
vé allí cuánto trasiego,
vé allá cuántas mujeres
entretenidas en el dulce juego
de sus leves y plácidos quehaceres.
Aquí todas las penas se desligan
que aferra al alma la traición del mundo.

—¿Se castigan las faltas?

—Se castigan

con un rigor profundo:
la más dura sentencia,
la que más mortifique al sentimiento
y cause más dolor en la conciencia,
se impone á todo infame pensamiento
como grave y terrible penitencia;
pero si faltas tú, yo te aseguro
no te he de castigar, niña adorada,
que me ha rendido tu figura hermosa
y la serena luz de tu mirada.

Fué recorriendo los talleres Flora,
donde encontróse á varias conocidas
que arrastraron la vida pecadora,
ya en el crisol de Cristo convertidas.
Notó que ante la dama
todas bajaban con amor la frente,
no por deber, por el cariño solo
que les prestó su espíritu clemente,
y que en ellas echó frescas raíces,
como plantas al lado de una fuente
En un local radiante
enseñaba una diestra planchadora
á planchar una sábana flamante
á una joven de faz encantadora;
y viendo que dudaba en la tarea
la linda joven que aprender quería,
á ella llegó, riendo, la señora,
cogió la plancha, y llena de alegría
—Así—le dijo el hierro deslizando

por la tela sutil é inmaculada,
que fué su superficie satinando
sabiamente extendida y manejada.
Llegaron luego á otro taller, repleto
de afanosas mujeres
que cortaban patrones y vestidos
esgrimiendo tijeras y alfileres;
y viendo á la sublime directora
que llevaba risueña y complaciente
de sitio en sitio á la aturdida Flora,
—Entre, por Dios, un poco en nuestro asilo,
solamente un instante;
se romperán agujas, tela é hilo
si no vemos un poco su semblante.
Entró vertiendo angelical fragancia
y examinó un vestido de brocado
que no lo hace mejor por su elegancia
el taller de París más afamado.
Á lo largo de alegres corredores
asomaban el rostro otras mujeres
que, al notar la presencia de la dama,
se dejaban desiertos los talleres;
la seguían ufanas por doquiera,
le rendían en torno su homenaje
llenas de amor y de pasión sincera;
ella aceptaba el puro vasallaje
con francas risas y con nobles bromas,
y entre jóvenes presa, parecía
que á través de la casa discurría
cercada por un bando de palomas.
¡Oh, poder de la gracia, que convierte

el matorral en rosas purpurinas,
y arranca del pecado y de la muerte
á las almas, tornándolas divinas!

Mira á la gran señora,
á medida que avanza por el templo,
con más asombro la encantada Flora;
va admirando el ejemplo
de la virtud más pura y más amante
en quien tiene de sobra, si quisiera,
para arrastrar carroza deslumbrante,
para llevar diademas en la frente,
para ser conducida
de triunfo en triunfo por la vana gente,
y desprecia la dama esa riqueza,
olvida los laureles y las palmas,
y busca solamente en la pobreza,
como Jesús, á las humildes almas.
—Si quieres ver nuestro jardín, iremos;
por nuestra mano misma está labrado;
treinta clases de rosas
en esta primavera hemos sembrado;
baja estas escaleras espaciosas
que van á dar al lado de la fuente;
mira cuánta arboleda, cuántas flores;
mira aquí cómo pasa la corriente
brindando de beber á los sedientos,
á esos pequeños cálices pintados
que llaman en el mundo pensamientos;
varios voy á ponerte en la cabeza,
porque quiero que vuelvas tu cariño
al seno de la gran Naturaleza:

este blanco, más blanco que el armiño,
lo pondré en este rizo primoroso;
éste, que es tan hermoso,
voy á clavarlo encima de tu frente;
estos rojos, aquí junto al oído;
estos de terciopelo, en el peinado;
y esos, en este bucle desprendido;
¡cómo enseña á las luces su tejido
la corona de amor que te he formado!
Toda es de pensamientos;
que ellos te den la bienhechora calma,
pues sólo quiero, mi adorada hermosa,
que se vuelvan divinos en tu alma.
Ahora verás nuestra bendita iglesia,
que va á empezar á preludiar el coro;
hay en la nave un órgano sublime
que grave suelta su raudal sonoro,
donde la voz del cielo canta y gime.
Ven á escuchar las místicas cantoras.
¡Las ves ante el altar arrodilladas
exhalando las notas inspiradas?
todas ellas han sido pecadoras,
y ya están de sus culpas rescatadas.
Cayó entonces la dama de rodillas
y también Flora se postró de hinojos,
aturdida de tantas maravillas
y humedecidos de placer los ojos.
Frente de sí miraba á las mujeres
que fueron sus iguales compañeras,
alejadas del mundo y sus placeres;
escuchaba sus voces plañideras

en el comienzo de la salve alada
espaciarse cual ecos de la gloria
por la nave sublime y dilatada.
Todas las faltas de su propia historia
en tumulto llamaron á su mente
con zumbar tan atroz, que parecía
que le daban porrazos en la frente;
del órgano la audaz trompetería
como huracán veloz lanzó á raudales
su tempestad de mística armonía;
y sintiéndose Flora en los umbrales
del cielo mismo, á la emoción grandiosa
que en sus tirantes nervios trepidaba,
por su mejilla como blanca rosa
se deslizó una lágrima preciosa:
¡era la vez primera que lloraba!

Canto IV.

La nueva prisionera
el arte prefirió de bordadora,
de bordadora en pedrería y oro
sobre rasos y seda brilladora.
En el abierto bastidor, la dama
le daba pacientísimas lecciones
dibujando en los hilos de la trama
divinos corazones,
ángeles de dorada cabellera,
vírgenes con la palma del martirio,
santos con armadura y con cimera,
Cristos en cuya túnica de lirio
dejaba su esplendor la fantasía
trazando en los relieves primorosos
verdes hojas compuestas de esmeraldas,
claveles de rubíes encendidos,
deslumbrantes guirnaldas
de zafiros azules como el cielo,

jacintos guarnecidos
de amatistas prendidas en un velo
que fingían los pétalos radiantes,
tallos de claras perlas matizadas
y rosas de oro de esplendor bañadas
con pistilos de puntos de brillantes.

La aguja traspasaba los tejidos
enseñando paciencia á la novicia
y santa religión á sus sentidos.
De las hebras de oro
trabándose en el rico terciopelo,
y oyendo conmovida
como acento del cielo
la voz de la sublime directora
que le enseñaba la moral, vió Flora
surgir la vida mística, profetas,
patriarcas, arcángeles, poetas,
evangelistas con el libro abierto,
mártires, penitentes, redentores,
escuálidos ascetas,
mendigos devorados de dolores
acabando su vida en el desierto,
todo un mundo de vivos resplandores
que hicieron á la bella pecadora
gozar de las venturas del creyente,
y sentir elevarse de su frente
como una nueva y sacrosanta aurora.
Luego, la paz, la celda recogida,
el canto, la plegaria,
el cariño por grata recompensa,
la vida misteriosa y solitaria,

del órgano triunfal la voz inmensa
que se espaciaba en las solemnes naves,
el susurro tranquilo de las aves
en el fresco jardín, donde las fuentes
parecían lanzar como oraciones
y cánticos divinos y fervientes,
declinaron el alma enardecida
de la joven al plácido misterio,
y vió otros horizontes en su vida,
y á Dios rogó con alma conmovida,
y amó la soledad del cautiverio.

Se hizo tan sabia en el bordado Flora,
que alguna vez sus mismas compañeras
iban á vela entretejer el oro
formando con sus hilos cabelleras,
ó místicas figuras, en que el lloro
se fingía con perlas delicadas
que parecían gotas verdaderas.
Quedábanse abismadas en el juego
de las agujas, rígidas obreras
que, incesantes y tercas trabajando
en las telas espléndidas, hacían
irse en el oro rico diseñando
la vida de algún rey, niño primero;
joven después, diciendo sus amores
á una princesa de ademán severo;
luego sentado en su radiante trono
dirigiendo su reino, devorado
de rudas guerras por el fiero encono;
más tarde, triste viejo
á quien no le dejaron sus riquezas

ni su boato regio y soberano,
la dicha apetecida
que ansioso busca el corazón humano;
y por último, luz desvanecida,
cadáver, inmundicia, polvo grave,
cáliz roto caído de su tallo,
¡ante cuya ceniza nadie sabe
si fué rey de la tierra, ó fué vasallo!

Este trabajo de ideal cultura,
bañado de un perfume religioso
que se exhalaba de las áureas telas,
con frecuencia á la artística costura
atraía á las dulces *Micaelas*.
Y una tarde de broma y de alegría
en que en su estancia las miraba Flora
gozando de la hora
de libertad y fiesta de aquel día,
¡oh retroceso infame del pecado
dentro de un corazón ya convertido!;
después que hubo la joven contemplado
á sus otras amigas sonrientes
trabar distintos juegos candorosos
y hacer mil travesuras inocentes,
las colocó en un círculo extendido
que imitó de una plaza la barrera,
y atándose el vestido
y una gorra ciñendo por montera,
cogió un paño de altar donde bordaba,
el hierro arrebató de una cortina,
y avanzó con andares de torero,
imitando el vibrar de la corneta

con los dedos en forma de bocina,
luciendo por *castaña* en la *coleta*
una roja y brillante clavellina.
Llegóse hasta la orilla de un asiento
que colocó entre el círculo de gente,
y allí abrió la muleta recamada
de santos de oro y de divinas cruces,
que deslumbró de pronto la mirada
con un temblor espléndido de luces.
Empezó con un *cambio* la *faena*
magistral y elegante, al que siguieron
pases de frente y pases de abanico
con precisión y gracia dibujados;
y liando después el paño rico
con sus símbolos bellos profanados,
pronunció una grandísima herejía
al dar con ardimiento la estocada,
¡y levantó una enorme gritería
en la gente dispersa y consternada!

Sorprendida la joven de su obra
al comprender la falta irreverente,
que no pudo evitar, acostumbrada
á la vida que tuvo anteriormente,
rápida se alejó, sitio buscando
en que ocultar el rostro enrojecido;
y al lado de lejana vidriera,
desde la cual los montes se veían
escalonar sus crestas de manera
que fantasmas azules parecían,
encogida quedó por su pecado,
temiendo imaginar lo que dijera

la noble directora
al ver que ella, su Flora,
entre todas la más considerada,
le causaba el profundo sentimiento
de alborotar con culpa tan marcada
la tranquila ventura del convento.
Cesó de oír allá por los talleres,
donde la dama con terrible enojo
ordenó retirarse á las mujeres,
los gritos que acusaban su conciencia,
y todo en paz quedó: sólo oyó Flora,
después del incidente, los latidos
con que temblaba el corazón llagado,
como tiemblan al ceño del nublado
los pájaros medrosos en los nidos.
Nadie siguió sus pasos diligentes
á través de las largas galerías;
ningún aviso airado
de parte de la noble directora
para que fuese pronto á su presencia
recibió la insistente pecadora;
ninguna diligencia
se hizo para arrancarla á su retiro,
y allí la halló de la oración la hora
exhalando suspiro tras suspiro,
presa de una ansiedad devoradora.
Entonó su solemne *Ave María*
la campana en la torre sollozando
por las exequias del doliente día,
ya en sudarios de púrpura expirando;
y fija en el crepúsculo de oro

y en los celajes con que el cielo ardía
derramando su luz hecha jirones,
Flora gustó el anhelo misterioso
que en ese instante de feliz reposo
sienten los lastimados corazones.

¡Ave María!, en la extensión lejana
donde se funde con lo azul la tierra,
donde no llega de la lucha humana
el fiero son de guerra,
vierte como un lamento la campana
el nombre amado de la Virgen pura,
ante cuya palabra, el campesino
que enseñaron á ser noble y creyente,
reza inclinando la curtida frente
y se para un momento en el camino.

¡Ave María!, en la ignorada aldea
perdida en la extensión de la montaña
donde trasmiten la sublime idea
de Dios y de la fe consoladora
los padres á los hijos, cual presea
de rico amor, los labios amorosos
entonan la dulcísima plegaria,
esa canción universal que siente
desde la voz de la ciudad rugiente
hasta el alma escondida y solitaria;
canción que vibra cuando están de acuerdo
para salir, en consonancia bella,
en nuestras almas, el primer recuerdo;
y en los espacios, la primer estrella.

¡Ave María!, en las llanuras solas
del gigantesco mar donde rodando

como un tropel de ritmos van las olas
las glorias del Dios Único cantando,
la salve idealizada
entonan los errantes marineros
cuando allá en el confín del horizonte
no amenazado de tormenta alguna,
como á un azul altar, corona el monte
la eucarística forma de la luna.
¡Ave María!, y de las almas todas
sale ese acorde puro y religioso
como un himno ferviente;
himno que entona á su adorada ausente
el dolorido esposo;
himno que rezan al besar la frente
de sus hijos las madres bondadosas;
himno que dicen en la dura guerra
los que lejos están de sus hogares,
al son robusto del cañón que aterra;
y que repite el cura en los altares,
el pastor en los riscos de la sierra,
la hija al lado del padre moribundo,
y que de ser en ser lleva la tierra
por la infinita redondez del mundo.
Flora dobló en el suelo la rodilla
y rezó la oración alada y pura
con un inusitado sentimiento;
y en la falta que torpe cometiera
tanto dió en meditar su pensamiento,
que pegada la halló á la vidriera
la nueva luz al dar en el convento.

Canto V.

Un trasiego lejano
de gente que va y viene escuchó Flora
allá por los talleres,
y la voz de la airada directora
que mandaba buscar á la culpable
para imponerle dura penitencia
en pena de su instinto miserable.
De todas las mujeres en presencia
y después de filípica ferviente
que echaría á la prófuga la dama,
Flora tendría que arrojarse al suelo,
besar el polvo ante sus pies echado,
segura enmienda prometer al cielo
y demandar perdón por su pecado.
Se iba en el templo á celebrar la escena
por que fuese más grande y elevada,
y mirábase todo revestido

de esa severidad noble y sagrada
que en un templo denota algún suceso
grave y extraordinario.
Siguiéndose cual perlas de un rosario,
y con el rostro lánguido y lloroso,
iban apareciendo las mujeres,
que se abrían en círculo anchuroso.
Desiertos los talleres se encontraban,
en soledad las celdas, las crujiás,
los largos corredores,
y hasta el mismo jardín lleno de flores,
aun pareció quedar sin alegrías.
Ya estaban en el templo congregadas
todas las pecadoras,
en la bendita fe purificadas,
y tras pisadas lentas y sonoras,
la dama apareció noble y severa,
humilde el continente
y revelando en su expresión sincera
el peso del dolor sobre su frente.
Sólo faltaba una educanda, Flora;
los rostros impacientes se volvían
buscando con los ojos su figura,
y en medio de un rumor largo y doliente
como el que arranca enorme desventura,
se abrió paso la joven tristemente,
¡tan pálido el color, que su hermosura
parecía de nácar trasluciente!
No alzó la vista para ver la dama,
y en el centro quedó muda y sumisa,
de su dolor quemándose en la llama.

Tal piedad despertó, que hubo un momento
en que algunas la vida hubiesen dado
por librarla del bárbaro tormento;
y la solemne y grave directora,
que tanto la quería,
se tuvo que borrar la abrasadora
gota de llanto que rodar ~~quería~~ *sentía*.
—Estamos ante Dios, dijo pausada,
á quien hemos faltado en este asilo,
á la humildad tan sólo consagrado;
puerto es éste tranquilo
donde no se consiente algún pecado,
y quien peca, se inclina al suelo inmundo
y besa el polvo vil, también besado
por el sublime Redentor del mundo.
Mas ¿quién es ¡ay de mí! la que ha faltado?—
añadió, dirigiéndose hacia Flora
con voz entrecortada por el lloro;—
mi oveja más querida,
mi gloria, mi tesoro,
mi discípula amada,
la del cabello como nimbo de oro
en torno de su frente idealizada.
¡Qué mal hice en poner toda mi vida
en levantar su espíritu del suelo,
en verla convertida,
en darle fe y en ensancharle el vuelo!
¿Cuál será mi dolor?...» Dos hilos mudos
de lágrimas sentidas resbalaron,
al llegar hasta aquí la directora,
por la faz de la joven, y rodaron

á sus dedos en cruz.

—¿Cuál será ahora

mi inconsolable pena,
mi amargo desconsuelo,
al ver rodar al polvo á la que quise
poner más alta que la luz del cielo?
Pero yo prometí dejarla ilesa
de toda pena si á faltar llegaba,
y he de cumplir, solemne, mi promesa:
¡nulo queda el castigo que aguardaba!
Mas ese polvo frío
tiene que ser besado
por una boca, que la ofensa borre
del cínico pecado;
ha de sentir el ósculo amoroso
para que Dios nos vuelva su semblante,
el beso generoso,
cuanto mayor la culpa, más amante.
Su frente eleva el que ante Dios se humilla,
con elocuencia prosiguió la dama,
que cuando el suelo toca la rodilla
es que se reza ó con fervor se ama;
no es afrenta el castigo, que es victoria
si él borra los agravios;
yo, en vez de Flora, alcanzaré esa gloria:
¡el polvo humilde besarán mis labios!»

Y arrojándose á tierra, arrebatada,
ante la gente que asombrada gime,
quiso el polvo besar transfigurada;
pero Flora la alzó, fiera y sublime,
la anegó en los raudales de su lloro,

derramó un mar de besos en su frente,
presa de un infinito desconsuelo,
y ella el polvo besó con valentía,
con tan ciega pasión, que parecía
¡que iba á romper sus labios contra el suelo!

—Lo esperaba de ti, dijo, elevando
á la joven, la tierna directora,
en cuyo seno desató, llorando,
la amarga fuente de sus ojos, Flora.
¿Qué mayor bien para tu propia vida
que arrancar el orgullo de tu pecho,
esa yerba mortífera nacida
de la envidia, del odio y del despecho?
Porque bien la ha ganado tu ternura,
quiero que se celebre esta victoria;
al órgano subid, y á su hermosura
robad un himno de alegría y gloria.
Has vuelto á mi cariño, hermosa mía,
y nada hay más hermoso en las mujeres
que trocar la amargura en ambrosía
y convertir los vicios en deberes.
Tu dulce corazón se ha dilatado
y han crecido los rumbos de su vuelo,
que al descender al polvo que has besado,
ha tocado tu frente con el cielo.
Vierte, vierte en mi pecho tu ternura
y juntas celebremos tu victoria;
al órgano subid, y á su hermosura
robad un himno de alegría y gloria.

Desvanecido el trágico momento,
un goce inexplicable

se dilató en las naves del convento
de ese modo inefable
con que tras la tormenta extiende el día
su luz por el profundo firmamento.
Luego estalló del órgano imponente
un aluvión de notas enlazadas,
voz de resurrección, canto ferviente
á las almas que tornan á su fuente
para en sus ondas ser purificadas.
¡Resurrexit! vibraban las trompetas
lanzando sus cascadas de armonía,
y el acento triunfal de los profetas,
de arcángeles y místicos poetas
parece que en sus músicas se oía.
El coro levantó miles de notas
de las voces humanas, que volando
repercutían en los amplios muros,
é iban la nave espléndida llenando
de acordes graves y de rezos puros.
Era la tierna voz de las cantoras,
de las que fueron como Flora impuras,
redimidas después de pecadoras.
Daban la bienvenida
al espíritu humano que triunfaba,
á aquella dulce vida
arrancada por siempre á la amargura,
bella resucitada en quien prendida
la llama se quedó de la hermosura.
Después del beso que le dió á la tierra,
de luz divina revistióse Flora
y quedóse su espíritu alumbrado

por el reflejo de sagrada aurora.
Que, como nuevo Lázaro, ya yerta,
y en polvo convertida,
rodó á las sombras, y después de muerta,
¡abrió los ojos y volvió á la vida!

Canto VI.

Han pasado dos años en un vuelo
y está Flora bordando,
mas no en paño de rico terciopelo,
sino en regio mantón donde labrando
va caras religiosas,
imágenes bellísimas del cielo
en las que el sol espléndido rutila
y alegre baña en chispas luminosas
las que antes fueron profanadas rosas
de su mantón soberbio de Manila.
Ha formado con él una casulla
y la está recamando con el oro
prendido en las agujas aceradas,
que convierten en místico tesoro
las que antes fueron rosas profanadas.
Deja por las orillas áureos hilos
en tallos primorosos transformados,
y á medida que borda nuevas flores

sobre la trama viva
de su antigua bandera llamativa
de la juerga, del vino y los amores,
recuerda de su vida disipada,
como detrás de un sueño muy lejano,
aquellas pornográficas escenas
en que cruzaba en ademán profano
á través de las públicas verbenas
recogiendo en su oído avaricioso
los requiebros galantes
y el hablar licencioso
con que al verla la gente se expresaba,
hablar que le envolvía los sentidos
como en nube de un hálito grosero,
bocanada caliente
que subía á su frente
como efluvio de inmundo estercolero.
Bordando y meditando en su otra vida,
recordaba su forma de gusano
la entonces mariposa convertida,
y acompañaba el juego de su mano
con restaurar la historia ya perdida
que allá dejóse entre el estruendo humano.
Asombraba mirar que, por su intento,
por espontáneo y generoso impulso
del propio sentimiento,
fuese trocando en prenda religiosa,
á su adorado Cristo consagrada,
aquel jardín de sedas que en sus hombros
fué símbolo de vida profanada,
y que entre sus torzales y labores

aún guardaba recuerdos de la orgía,
los ecos ardorosos de las fiestas,
las bizarras orquestas
de las guitarras, cuyo dejo moro
hizo lanzar á Flora en ocasiones
todo el alegre y musical tesoro
de andaluces cantares, con que el viento
lograba estremecer de sentimiento
su voz alegre de registros de oro.
Asombraba mirar aquellas manos
de mística y suave transparencia
que en festines mundanos
de rojos tonos y calientes brillos
se movieron inquietas
repicando los trémulos palillos
ó agitando las locas panderetas,
someterse gozosas
al trabajo penoso y persistente
de aunar hilos dorados
donde mezclaba castos sentimientos,
y manejar los símbolos sagrados
como antes los alegres instrumentos.
Fué recordando á todos sus amantes,
atenta del mantón á la costura,
y apenas conocía los semblantes
de tanto joven de gentil figura
como en su faz dejó besos galantes
para hundirla después en la amargura.
Uno le regaló ricos pañuelos
cual la vergüenza rojos; otros, cintas;
otros, áureos zarcillos; otros, velos;



otros, piedras de brillo delicado;
otros, trajes de espléndida riqueza
que resaltar hicieron su belleza
y su cuerpo de diosa cincelado;
y entre tantos obsequios deslumbrantes
con que vistióla la lujuria vana,
ni uno solo de todos sus amantes
le dió la perla de la dicha humana.
De todo el esplendor de aquellos días
¿qué le quedó en el alma? turbio cieno:
¡feliz ella, que halló sus alegrías
en el remanso místico y sereno!
Dando repaso á su infeliz historia
mientras piadosa su mantón bordaba,
acudió á su memoria,
que tanto tiempo adormecida estaba,
una escena, una orgía
en un tugurio mísero y lejano.
«Era allá... en *Los Viveros*... y allí había
un Duque ó un Marqués... luego un anciano...
¿un anciano?... sí, justo... que pedía
una limosna con fervor cristiano:
era mi padre, creo...
era mi padre, sí... pero ¡Dios mío!
¿cómo es que mi deseo
de verle, de buscarlo, de seguirle,
no ha vibrado en mi pecho como un rayo
y no he corrido pronta á redimirle
de su mortal y mísero desmayo?
¿En qué sueño he vivido
que hasta á mi padre, pobre y errabundo,

que acaso va perdido
entre las fieras cóleras del mundo,
dejé de recordar? ¿qué alma tan fría,
antes de recibir el alma nueva,
el norte fué de la existencia mía?
¡Pronto! ya consumé la dura prueba,
ya mi espíritu siento transformado,
y á la vida volver quiero que lleva
á mi padre en sus ondas arrastrado.

Aturdida, febril como ya estaba
por aquella visión aterradora
que de su largo sueño la arrancaba,
corrió á la apercebida directora,
que esperaba el suceso deseado
de la feliz transformación de Flora,
y con voz anhelante
le refirió su lucha, su tormento,
su afán resuelto de tornar al mundo
para correr del padre en seguimiento
y perseguir la sombra deseada,
y andar, y andar hasta perder su aliento.
—Sí, ya estás para siempre rescatada,
vuelve á la vida de donde has salido,
exclamó con dolor la directora,
¡y acuérdate de mí, que quedo ahora
entregada al silencio y al olvido!
Yo te llegué á querer como se quiere
al hijo más amado,
y ahora que partes, mi alegría muere;
mi corazón se queda destrozado.
Acepta este recuerdo que te doy

para que ayudes á llevar tu vida,
añadió sollozando la señora,
y sacando una caja, conmovida
dió una gran suma á la afligida Flora.
Alguna vez aquí ven á buscarme,
pero ahora vé donde el deber te llama;
¡no llegues á olvidarme,
que con fervor mi corazón te ama!

Hecha un río de llanto desbordado
Flora cayó á los pies de la señora;
¡que bajo el cielo puro y estrellado
jamás vió alma tan grande y seductora!
Luego se despidió de las mujeres,
sus amigas de rezos y plegarias,
émulas de trabajo en los talleres
que quedaban, sin ella, solitarias.
Entró al jardín, y lo corrió llorando,
entró en la celda, y se partió su pecho
viendo su Cristo pálido expirando,
la mesa humilde y el tranquilo lecho.
Tendió la vista á los lejanos montes
donde algo se quedaba de su alma,
pues, mirando sus puros horizontes,
horas gozó de deliciosa calma.
Entró luego en el templo, y silenciosa
rezó sus aprendidas oraciones,
absorta de una tierna Dolorosa
en las santas, dulcísimas facciones.
—Ésta es mi pobre ofrenda, Madre mía,
exclamó, la casulla desdoblado,
que en el altar dejó con alegría,

una salve amorosa suspirando.
Hé aquí el mantón de galas deslumbrantes
de mi pasada vida de placeres;
todas sus rosas vivas y brillantes
me han enseñado el bien y los deberes.
En sus flecos até cuantos pecados
pudiera cometer un alma impura,
pero todos cayeron desatados
en este asilo eterno de ventura.
Al dejar para siempre esta morada,
bríndame ¡oh, Madre! pensamientos puros,
y tendédme en el mundo la mirada
á través de estos velos y estos muros.

Alzó del suelo Flora su figura,
más blanca que los copos de la nieve,
más serena que mística escultura,
y cogida á la dama
como á la propia luz de la hermosura,
le dió el último abrazo, largo, lento,
como infiltrando el corazón en ella;
después el llanto desgarró su acento
y, de él dejando humedecida huella,
abandonó los muros del convento.

Cerróse aquel asilo,
y Flora se encontró dentro del mundo,
con la mirada incierta
del que traspasa la espantosa puerta
de un calabozo trágico y profundo.

Canto VII.

La envolvió una brusquísima oleada
de sol, de viento libre, de agrias voces,
de estruendo y lucha con furor trabada,
ola caliente de ciudad que vibra
en sus propias pasiones caldeada;
y al transportarse Flora de repente
de la vida sagrada á la del mundo,
la ciudad engañóle los sentidos
y la juzgó recinto sin decoro
entregado á canallas y bandidos
que en su bandera escriben: *Vicio y oro.*
Oro y vicio parécenle los dioses
de la gente que, absorta, va mirando,
¡los contrarios de aquel cándido asilo
que allá quedó tranquilo,
las grandezas del mundo despreciando!

Oye un lenguaje obsceno
por todas partes, cual si el noble idioma
llenado hubiesen de asqueroso cieno.
Ve, encerrada en su pena y su mutismo,
que no hay hombre que al paso no la llame,
ni mirada ni rostro sin cinismo,
y oye silbar en torno el egoísmo,
la envidia, la traición, todo lo infame.
Un gran presidio en libertad, la vida
le pareció mirando el escenario
al cual ya retornaba convertida,
y cada inmundo ser de la partida
lo creyó un relativo presidiario.
Tuvo miedo de verse triste y sola
en medio de aquel mar de criaturas,
pronta á ser arrastrada por la ola
de sus viles traiciones y locuras.
Esta impresión del mundo ya olvidado
la joven recibió con honda pena
retornando al presidio abandonado,
donde ir miró sin grillos ni cadena
á tanto miserable disfrazado
que de apariencias de virtud se llena.
¡Su padre! ¿qué habrán hecho
de su padre infeliz, tanto insensible,
tanto superficial de duro pecho,
tanto embotado ser de alma imposible?
Dejarlo ir dando tumbos por la tierra
como basura viva,
como un residuo vil y deleznable,
sin hallar una mano compasiva

que le haya dicho «¡arriba,
pobre viejo adorable!»
En medio del inmenso torbellino
va con lo blanco de sus puras canas
azorado y sin tino,
pidiendo algo de amor ¡qué desatino!
á las almas humanas;
y ve el pobre andrajoso que es la vida,
que ante sus pies agítase incesante,
una espantosa y trágica quimera,
un lozadal, un pozo, una esterquera,
un horroroso círculo del Dante.

Sumado con la turba de mendigos
que flotan por Madrid, mundo de seres
que pululan y arrastran sus miserias
como si fuesen llagas y lacerias
de organismo social, va el triste viejo
en Flora eternamente meditando,
en aquella hija suya tan querida
que, su amor olvidando,
echó á la sombra la espantable vida
del anciano infeliz, que en la caída
del humano torrente va flotando.

Él sí que no olvidó sólo un instante
á la hija ingrata que mirar espera,
pues cada día, el pecho jadeante
y tirando del cuerpo cual si fuera
un fardo vacilante,
después de mendigar para el sustento
de su existencia mísera y odiosa,
descansando mil veces, iba lento

á dar vueltas en torno del convento,
atraído por fuerza misteriosa.
¡Tan cerca cada día,
y no sospechó Flora la presencia
de aquella silenciosa compañía!
Un mes tras otro mes, años enteros
soñando en la posible bienandanza
de que Flora volviese á los senderos
en que al pobre dejé sin esperanza,
aquel sublime anciano,
donde la vida derramaba apenas
más que un reflejo trémulo y lejano,
en medio de su cuita
y de las penas de sus trances duros,
¡jamás faltó á la cita
que siempre daba á los amados muros!
Pero el tiempo su fe fué disipando;
sin hija, sólo se quedó en el mundo,
doquiera tropezando,
como un despojo inmundo
que de patada en piedra va rodando.
Llamó á los hospitales,
y como á ellos llamó sin influencia,
permanecieron mudos sus umbrales
y de sí mismo fué cama y dolencia,
médico y enfermero de sus males.
Sometido á tan negras amarguras,
siempre soñando en encontrar á Flora
que el mundo le dejó solo y á oscuras,
sintió que ya la vida le faltaba;
donde quiera caía;

donde quiera estorbaba;
la sociedad, que su dolor no oía,
¡á muerte, sin piedad, lo condenaba!
Iba á dormir á un foco pestilente,
negra estancia sin lechos, sin abrigos,
donde revueltos con traidora gente
duermen los vagabundos y mendigos.
Sintiendo de la muerte la agonía,
una noche tiróse sobre el suelo
entre la gente aquella que dormía;
con los ojos del alma miró al cielo,
á Dios rogó con fervoroso anhelo,
y recobró un instante la energía.
Ante sí vió dormidos
á multitud de sucios pordioseros
sobre aquel suelo lúgubre tendidos;
eran muchos bandidos y rateros,
canalla miserable disfrazada
que imploraba con tonos lastimeros
la caridad dulcísima y sagrada.
Echados por la tierra
vió brazos desligados,
piernas con imitadas cicatrices,
dedos ensangrentados
como tundidos por punzantes dagas,
tendones imitados,
falsas postemas y mentidas llagas.
Miró el anciano, mudo,
aquel inmundo horror, cuadro afrentoso
en que vil se disfraza la materia,
y revolvió el espanto con la ira

viendo que el mundo hasta en su atroz miseria
era todo ilusión, todo mentira.

Sintió otra vez la muerte

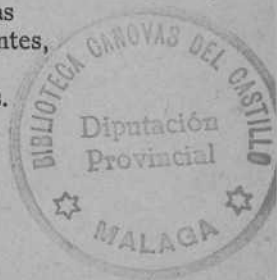
volar en torno suyo, y anhelante,
cual si su mismo corazón hablara.

—¡Oh, hija mía! exclamó, ¡quién te besara
y viese una vez sola tu semblante!

¡Ya me siento morir!»

Flora, entretanto,
febril cruzando las ruidosas calles
con faz enrojecida por el llanto,
las plazas recorriendo cuidadosa,
entrando en los tugurios
con mirada latente y afanosa,
registrando Madrid arrebatada
por una fiebre viva
que con su fuego la dejó trocada
como en una demente fugitiva,
todos los escondrijos fué mirando,
todos los sitios donde van los pobres
la caridad del público implorando,
y á todos los mendigos preguntaba
por su padre con loco desconcierto.
—Sí, yo lo he visto, alguno contestaba,
mas ya tan viejo el infeliz se hallaba,
que acaso esté bajo la tierra muerto.
Volvió á mirar los antros pecadores,
por si en ellos su padre hubiese entrado
á derramar sus lánguidos clamores.
Nada, todo vacío, pues no estaba
el pobre viejo á quien con fe tan ciega

y con tan fieros ímpetus buscaba.
Al cruzar una calle, oyó un tumulto
donde sonaban gritos y lamentos,
y entre las voces del tropel inculto,
que de una casa en dormitorio oculto,
un anciano acababa sus momentos.
Corrió hacia allá la atormentada Flora,
la puerta traspasó, subió á la estancia,
y la hirió una visión aterradora:
como un pingajo inmundo
miró, rezando con fervor cristiano,
á un viego moribundo
que exhalaba su espíritu creyente
desamparado del amor humano;
se abrazaron los dos, y ella, demente,
lanzó un inmenso grito sobrehumano.
—Pero ¿eres tú, mi Flora, la hija mía?...
el padre sollozó con un acento
como no ha traspasado todavía
fibras humanas el mayor lamento.
—Una limosna me pediste un día
de rodillas y en cruz, padre del alma,
y hoy te la vengo á dar grande y sincera;
es poco cuanto llevo,
más que mi corazón darte quisiera;
toma el alma inmortal, pues te la debo:
¡mi vida toda para ti es entera!
Y en un delirio de pasión, unidas
dejó un lazo de amor bocas y mentes,
como para ir al mar entretejidas
se funden en un río dos corrientes.



Cogiendo al padre en su feliz regazo,
Flora en su seno con pasión lo encierra;
y se pensaba, viendo aquel abrazo,
¡¡que aun hay cosas sublimes en la tierra!!

FIN

Madrid, Domingo de Ramos
á Sábado de Gloria del 96.



OBRAS DE SALVADOR RUEDA

POESÍA

Aires españoles.
Sinfonía callejera.
Estrellas errantes.
Cantos de la vendimia.
En tropel.
Fornos.—Poema.
El bloque.—Poema.
Flora.—Poema.

NOVELA Y CUADROS DE COSTUMBRES

La gitana.—Novela andaluza.
El gusano de luz.—Novela andaluza.
La reja.—Novela andaluza.
El patio andaluz.—Cuadros de costumbres.
El cielo alegre.—Cuadros de costumbres.
Bajo la parra.—Cuadros de costumbres.
Tanda de vales.—Cuadros de costumbres.
Granada y Sevilla.—Cuadros de costumbres.

TEATRO

(PARA LEÍDO)

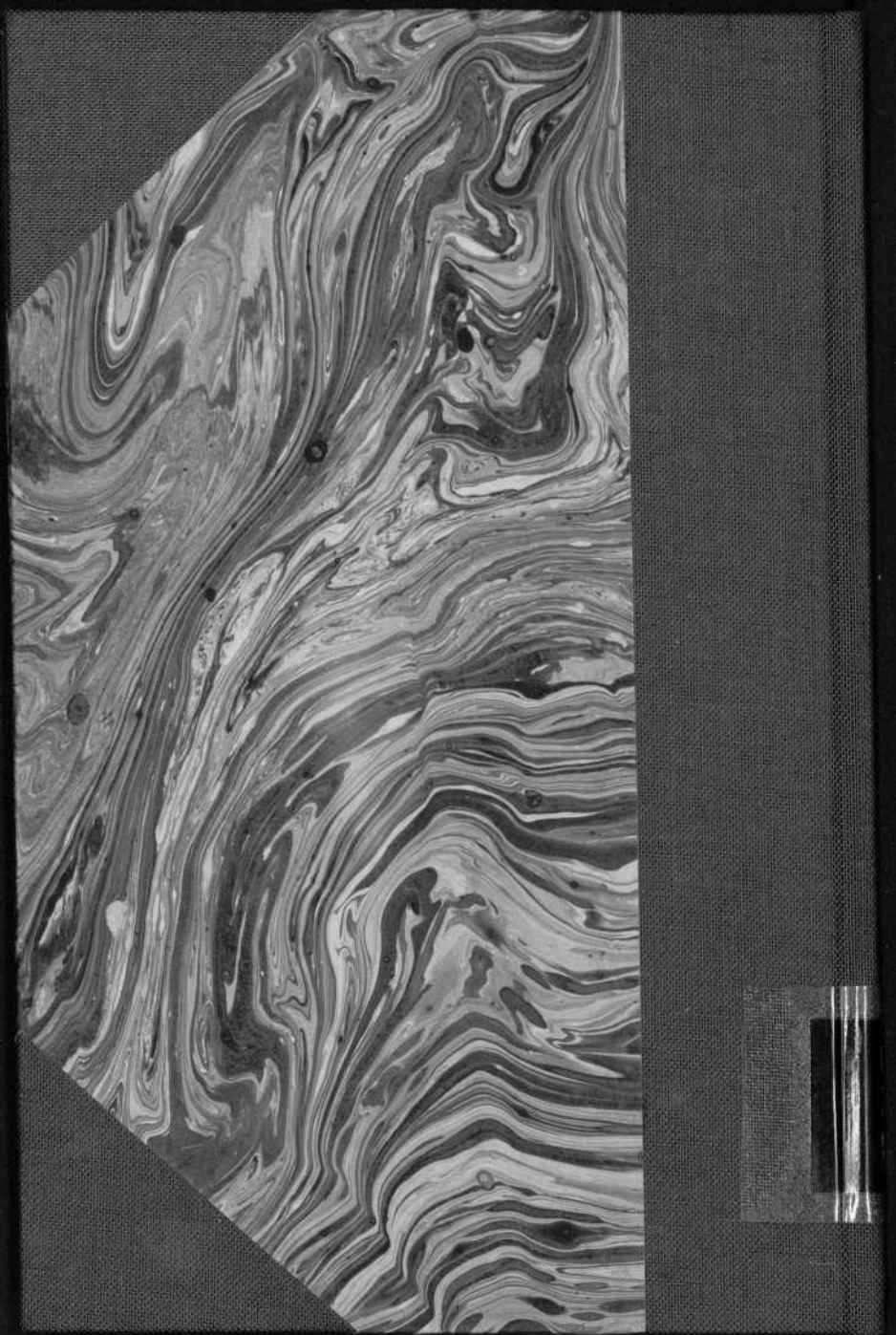
El secreto.—Poema escénico en tres partes.

CRÍTICA

El ritmo.—Crítica contemporánea.

EN PREPARACION

La trenza.—Poema social.



FAN
XIX
94